34

D. CABRERA CRUZ

Carlos Cruz

EL ABISMO

DRAMA

3

TALLERES TIPOGRÁFICOS
SUCESOR DE M. CURBELO

EL ABISMO

D. CABRERA CRUZ
(CARLOS CRUZ)

EL ABISMO

DRAMA EN DOS ACTOS

1919

PERSONAJES

LA HERMANA CONSOLACION .	María Banquer
BERTA DE BUITRAGO	Almudena Medina
CONCHA ARMIÑO.	Felisa Torres
ELISA	Pilar Roy
ROSAURA	Josefa Satorres
ANTONIA.	Victoria Calzadilla
RAMIRO BUITRAGO	Julio Villarreal
DIEGO COÉLLAR	Luis de Llano
ALVARO MIGUEL.	Antonio Gentil
NICOLAS	Ricardo Cuenca

ACTO PRIMERO

En la casa solariega de Buitrago. Salón amplio, severo, con un marcado sello de tristeza, aminorada, en parte, por unos cuantos cachivaches modernos, ligeros, chillones. Mesa y sillas de roble, fuertes, pesadas. Butacón monacal tapizado de cuero con tachones de bronce. Vargueño de ébano con incrustaciones de marfil. Una panoplia. Caballete con el retrato del fundador del mayorazgo, hecho, acaso, por D. Francisco Goya, en su primera época. Algunos cuadros en los que el tiempo dejó una pátina sombría.

Por el ventanal, medio cubierto de madreselvas, se ve el huerto en todo el esplendor de la primavera, doselado por un cielo diáfano, inmensamente azul.

Es un mediodía soleado y placentero.

ESCENA PRIMERA

BERTA Y ANTONIA

Ocupadas en el arreglo de la habitación.

ANTONIA

Quien lo diría hace tres años, cuando vinieron a pasar ustedes la luna de miel.

BERTA

Es verdad, Antonia. ¡Cómo han cambiado las cosas!

ANTONIA

Tan buen mozo, tan fuerte, tan contento siempre que la vieja casa de Buitrago parecía gozar con la alegría del último de sus descendientes.

BERTA

Nuestra juventud, nuestro amor, trajo entonces, a la casa triste, abandonada, un poco de alegría. Ahora, ya lo ves, Ramiro

está muy enfermo y con nuestro dolor hemos venido a aumentar la tristeza de esta casa.

ANTONIA

Quiera Dios que los aires de la montaña devuelvan la salud al niño, que no le pase como a su madre que se marchó tan joven, tan bonita, con aquella resignación tan dulce. ¡Pobre doña María, camino de amarguras fué para ella esta vida!

BERTA

Ramiro, felizmente, está algo mejor, la gravedad, el peligro ha pasado y Diego confía en curarlo.

ANTONIA

El Señor le ayude.

BERTA

Estas flores ponlas sobre la mesa; el sillón así. Desde aquí el paisaje es muy hermoso. En su enfermedad influye tanto lo que le rodea que si no alegramos la casa, el tedio le consumirá. Junto al sillón

esa mesita con los periódicos. Esto ya parece otra cosa.

ANTONIA

Si que ha cambiado usted el salón.

BERTA

Aludiendo al retrato del caballete.

Ese señor feo y tan serio, llévatelo. ¡Que cara tiene, es para poner de malhumor a cualquiera!

ANTONIA

Es el bisabuelo del señorito, el Almirante Buitrago, el que fundó la casa.

BERTA

Pues cubre al almirante Buitrago con este mantón, al fin y al cabo el mantón es insignia nacional como la bandera. Muy bien. ¿Ves? ¿Cuánto más bonito no es ésto que los ojos escrutadores del viejo Buitrago que mira como si quisiera llegar hasta el fondo de las almas?

ANTONIA

Y el médico, ¿cuando vendrá?

BERTA

No tardará mucho. Me prometió que llegaría temprano. No pudo acompañarnos ayer por tener una consulta inaplazable; pero pronto lo espero. Ya Ramiro ha preguntado varias veces por él.

ANTONIA

Dicen que a él le debe la vida el señorito.

BERTA

Si, Antonia. Cuando los otros médicos, desesperanzados de salvarlo, lo abandonaron, Diego puso toda su ciencia, todo su enpeño, en arrancar de las manos de la muerte al enfermo. Fué una lucha angustiosa, prolongada. Día y noche á su lado, sin dormir casi, abandonada toda su clientela, pendiente constantemente de los más insignificantes detalles. Fueron días de dolor, de hondos temores; hubo momento en que to-

dos temíamos que aquella vida tan querida se apagara para siempre.

ANTONIA

¡Pobrecito, cuánto sufriría!

BERTA

Pero Diego le confortaba, le llenaba de esperanzas, obligándole á desechar los pesimismos. La operación en la pleura que los otros médicos consideraban una temeridad, la realizó Diego con todo éxito.

ANTONIA

¡Dios le premie cuanto ha hecho por el niño!

ESCENA II

Dichas y NICOLÁS que trae dos macetas.

NICOLÁS

Las he cojido del invernadero.

BERTA

Colócalas junto á la ventana... No, espera, la palma aquí, sobre el vargueño.

NICOLÁS

Los frailecitos del monasterio mandaron á Nicandro, el lego, á enterarse de si los señores habían llegado bien.

BERTA

Dile que agradecemos mucho su atención.

NICOLÁS

Luego subiré yo mismo en un salto á decírselo, porque Nicandro se marchó ya. Y que no dejara de decirles también que los padres no olvidan al señorito en sus oraciones.

ANTONIA

Son muy agradecidos á los favores que han recibido de la casa. ¿Cómo no han de pedir á Dios por la salud del niño?

BERTA

Con la primavera se inició la mejoría. Ahora tiene unos deseos grandes de sanar; es la juventud que se rebela á abandonar la tierra, cuando la tierra está cubierta de flores.

NICOLÁS

Y aquí acabaremos de curarlo, ya verá la señorita; lo que es aire puro y leche fresca no ha de faltarle.

ANTONIA

Y con ese médico tan bueno y con el cariño de V. y con la voluntad de todos, pronto volverá á ser el guapo mozo por quien aún suspiran muchas mocitas del pueblo.

BERTA

El último brote de los Buitrago.

NICOLÁS

Ya se encargará la señorita de que no

sea el último, que familias como ésta no deben terminar nunca.

BERTA

Hay que esperar, esperar siempre.

ANTONIA

San Antonio mi patrón lo haga, que un niño de cera y dos misas le tengo ofrecidos.

BERTA

Bueno, bueno. Es necesario que podes la enredadera, para que entre más luz en el salón. Luz, mucha luz recomienda el médico. La penumbra entristece el ánimo del enfermo y Ramiro es muy dado á la melancolía.

ANTONIA

Igual que su madre, la pobrecita, siempre estaba triste, como si llevara escondida una pena muy grande en las entrañas.

NICOLÁS

La maldita enfermedad.

ANTONIA

Todavía lo recuerdo, me parece que fué ayer. El día de su muerte me mandó a traer al niño del colegio; la señora no cesó de rezar, estaba muy pálida, había llorado mucho, al niño lo acariciaba como si viniera de muy lejos; como si se despidiera para siempre. Lo cubría de besos y le decía:—¡Que esta mala herencia no llegue a ti, hijo mío; que esta enfermedad muera conmigo! El niño era entonces pequeñito, tenía seis años y con mucha angustia, apenadito, le suplicaba: ¡Que estoy muy triste, mamita y me haces llorar!...

BERTA

Y lloramos todos Antonia. Basta de historias que vamos á tener el día amargo; y es necesario estar alegres... ó fingir alegrías, para que Ramiro no se entristezca también.

NICOLÁS

Dice muy bien la Señorita, dejémonos hoy de tristezas.

BERTA

Un automóvil: debe ser el médico; corre Nicolás, recoge la maleta y colócala en su habitación, ya sabes cual es, y tu, Antonia dá un vistazo y mira si todo está arreglado y en orden.

ANTONIA

Corro señorita... y perdone, perdone señorita, son recuerdos de vieja.

ESCENA III

Berta y á poco Diego.

BERTA

¡Con que impaciencia te esperaba! Cuánto te agradezco que hayas venido.

DIEGO

¿Y Ramiro?

BERTA

Preguntando siempre por ti. Un poco intranquilo, nervioso, tal vez por el viaje.

Ahora duerme. Le cuida la hermana Consolación; solicitamos permiso especial de la madre Superiora para que nos acompañara y nos lo ha concedido por todo el tiempo que dure la gravedad.

DIEGO

Y tú ¿cómo te encuentras?

BERTA

No hablemos de mí, hablemos de él, Diego. ¡De él siempre! Necesito que lo salves, que lo salvemos... Tu no sabes como sufro, tu no sabes que tormenta sorda se ha desencadenado en mi alma. Desde que llegué a esta casa siento una enorme inquietud, como si todos los Buitrago, conocedores de mi falta, quisieran arrojarme de aquí. ¡Los muertos defendiendo su honor!

DIEGO

Receloso de que los puedan oir.

Cálmate, serénate, puede alguien venir y...

BERTA

No; ven aquí, siéntate.

DIEGO

Piensa que pudieran oirnos.

BERTA

Estamos solos. Quiero hablarte, quiero que me des fuerzas para continuar esta lucha. Necesito que me quieras mucho, que me quieras con toda tu vida y necesito que lo cures, que lo sacrifiques todo á él, ¿me entiendes? que lo cures. Si lo salvas, si lo salvamos, me parece que soy menos mala, que mi traición tiene alguna disculpa; porque a cambio de este amor nuestro, de este amor infame, le devolvemos la vida, que ya se le marchaba al darnos nosotros el primer beso.

DIEGO

Y aquel beso, nuestro primer beso, la detuvo.

BERTA

Es lo único que á veces calma mis remordimientos.

DIEGO

Por este amor infame, como tu le llamas, vive él aún.

BERTA

Es verdad.

DIEGO

No mi saber; mi constancia, el esfuerzo más grande de mi voluntad y tus desvelos, tus cuidados, son los que han hecho el milagro.

BERTA

Hemos luchado como héroes.

DIEGO

Héroes en el silencio de una alcoba.

BERTA

Junto á un cádaver.

DIEGO

Ha sido una batalla ruda, tenaz. No podrás comprender mi desesperación, mi an-

gustia en aquellas noches largas, pesadas, interminables, en que la muerte estaba en acecho, esperando, vigilante, el menor descuido para arrojarse sobre la presa. Hubo un momento en que yo comencé a vacilar, derrotado casi, pero hice un esfuerzo supremo, decisivo y... triunfé de la muerte; triunfó el amor de la muerte, porque fué tu amor, Berta mía, quien lo salvó.

BERTA

Sea esa vida salvada el perdón de nuestro pecado.

DIEGO

La obra no está terminada aún. La lucha comienza de nuevo. Vencimos a la muerte, pero se nos presenta otro enemigo y hay que cortarle el paso, estrangularlo.

BERTA

¿Alguna complicación? ¿El corazón, tal vez?

DIEGO

No, éste es peor. Es un enemigo cauteloso, traicionero.

BERTA

¿Qué es, Diego? ¿Qué es? Dime, dímelo pronto.

DIEGO

La tisis.

BERTA

¡Dios mío!

DIEGO

La tisis a la que hay que combatir enérgicamente. Echarla antes que invada el otro pulmón.

BERTA

Esto más ¡Qué desesperación! ¡Tísico!

DIEGO

No llores, mujer, ten esperanzas. Hay que salvarlo y lo salvaremos. Tengo mi plan. Es necesario curarlo para ahogar el remordimiento.

BERTA

¡El remordimiento!

DIEGO

El remordimiento ¿de qué? ¡Necio remordimiento! El remordimiento de mi amor, del único amor de mi vida. ¡No, Berta! Este amor no es un pecado, es algo que puede más que nosotros, que nos envuelve, que nos duele como una herida recién abierta. Es el dolor de amar que no cambiaríamos por ningún placer.

BERTA

Es verdad; y en mí este dolor es más intenso, porque soy más culpable. Pero te quiero y contra este querer no valen razones, ni dolores, ni deberes. ¡Te quiero! Unica razón de mi infamia, de mi deshonra y tal vez de mi vida, y... óyeme, Diego ¡óyeme! ¡También lo quiero a él! ¿Comprendes ésto? ¡Cuánto más grande es mi cariño por tí más me acerco a él; cuánto más te recuerdo más viva llevo su imágen en mi alma! Y siempre, siempre que termino de recoger tus caricias, tan dulces, tan suaves, corro a besar sus manos, aquellas manos pálidas que me tiende en ademán de perdón. ¡De perdón! Si conocieran mi culpa aquellas manos pálidas me ahogarían.

DIEGO

Ni para eso tienen ya fuerzas.

BERTA

Es necesario dárselas para que me castigue, para que me castigue.

DIEGO

Vamos. No hablemos más de ésto. Estoy nervioso, estás nerviosa tu también y necesitamos estar serenos, tranquilos. ¿No se que afán es este de torturarnos el corazón, de estrujarnos la conciencia? ¡La conciencia! El amor no tiene conciencia. ¡Malditas ideas! Ven, Berta, ven, acércate.

BERTA

Dime, ¿qué?...

DIEGO

Sí, te lo contaré, te lo diré todo. ¡Es la hora de las grandes revelaciones, sacudamos los malos pensamientos! Yo, Berta, nunca quise a nadie; no tuve amores, ni aún de muchacho y, francamente, no tenía fe en

el amor, creía que era una de esas mentiras que alegran la vida; pero te ví y te ví en aquellos momentos de congoja, toda llorosa por la enfermedad de Ramiro y no sé que cosas misteriosas se revolvieron en mis entrañas que tu voz, tu recuerdo me seguían por todas partes como una sombra. Era una obsesión agobiadora y al mismo tiempo plácida que, bajo los pensamientos más sombríos, me hacía sonreir. Y esta placidez, esta obsesión se fueron convirtiendo en un anhelo de poseerte, en un deseo de que fueras mía, mía para siempre; y... ¡entonces pasó por mi imaginación la idea maldita! Pensé... pensé que si tu fueras libre, nada se opondría a este amor... Tu marido era una luz que se apagaba, una vida que se iba y ¡yo podía dejarla marchar!

BERTA

Horrorizada

¡Diego!

DIEGO

¡No! Que yo ahogué este ruín sentimiento, y lo salvé, ¿lo entiendes? lo salvé, porque tu me lo pedías angustiada y porque yo no tenía ya más voluntad que la tuya.

ESCENA IV

Dichos y la hermana Consolación.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El enfermo preguntaba si V. había llegado. Está impaciente por verle.

BERTA

¿Hace mucho que despertó, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Unos minutos nada más; pero el sueño debió ser poco reparador; estaba muy agitado, como si alguna pesadilla o idea mortificante le turbara el descanso. Apenas despertó me preguntó por V.

DIEGO

Voy enseguida. ¿Sabe V. si tiene fiebre?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Algunas décimas.

DIEGO

¿Ha hecho algún movimiento brusco?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Ninguno.

DIEGO

Hay que cuidar mucho de la herida, está cicatrisándose y cualquier violencia pudiera ser funesta, ocasionaría la hemorragia y entonces se perdería todo.

BERTA

Cuidamos mucho al mudarle las vendas.

DIEGO

Bueno. Voy a tranquilizarlo, le traeré aquí. Dígame, hermana, ¿le puso la inyección antes de dormirse o ahora al despertar?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Antes de dormirse.

DIEGO

Preocupado

Es extraña, entonces, esa agitación.

BERTA

Corra, Diego, vea lo que tiene; anímelo. La hermana y yo terminaremos de arreglar el salón.

ESCENA V

Berta y la hermana Consolación.

BERTA

¡Qué buena es V. hermana Consolación! ¿Cómo le pagaremos todo el bien que nos hace?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Quien piensa en eso. Cumplo mi deber. Dios nos pagará a todos. Nuestro Señor no olvida nada.

BERTA

¡Que fe más hermosa, más consoladora la de V. hermana!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No deje V. morir la suya. Cuando la fe muere es difícil recobrarla; y sin fe este camino es muy pesado.

BERTA

Es verdad. Cuando no esperamos en nada, ni en nadie, la vida es un desierto.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pero cuando tenemos fe, fe en Dios, fe en nosotros mismos y en los que están a nuestro lado, la vida, por muy dura, por muy cruel que sea, siempre tiene una alegría, la alegría de pensar que el día siguiente será mejor, que este sacrificio que hacemos será recompensado, que el dolor que sufrimos se convertirá en un inefable regocijo, que si hoy pasamos por la tristeza de ser incomprendidos, mañana encontraremos el alma hermana, la que goce con

nuestro gozar y llore con nuestras penas. ¡Que también en las cosas de la vida y del amor hay que tener fe, hermana, mucha fe!

BERTA

Cuando la fe peligra muere el amor. Si no creemos en el hombre, si dudamos de sus palabras y de sus sentimientos, si las dulces mentiras que nos cuenta, no suenan a verdades en el alma, es que ya no amamos lo que creíamos amar. ¡Creer, creer siempre en el hombre, aún cuando nos engañe, es tener fe, y tener fe es vivir amando!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Vivir amando! También yo vivo amando; pero este amor mío, es más grande, más firme, es la verdad hecha amor. Es el refugio de toda alma torturada, el desagravio de toda injusticia, el amparo de los pobres y de los débiles, el consuelo de los que lloran, el que tiene los brazos abiertos para estrechar a los tristes y a los desamparados, el que siempre perdona, porque siempre amó. ¡Y quien sabe, hermana, si algún falso amor de la vida me hizo volver

a Cristo encendida de amores y de piedad infinita!

BERTA

De seguro que V. hermana, conservará algún recuerdo íntimo de su vida anterior. ¡Es V. muy hermosa!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Desgraciada la mujer que solo es amada por su belleza y no supo inspirar otro sentimiento que el culto a su hermosura. Amor pasajero será éste que se queda a la puerta contemplando el exterior, sin atreverse a llegar al espíritu.

BERTA

¡Qué saben los hombres de nuestro espíritu! Aman la carne, lo que envejece, lo que muere; el alma, lo que hay en nosotras de eterno, no les interesa. ¡Te quiero con toda el alma!—nos dicen—y no es verdad, nos quieren con todos sus deseos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Así aman los que nunca miraron hacia arriba. Así fuí yo amada, con deseos, con

todo lo que es frívolo y pasajero. Y ese amor enteco y mudable fué quien despertó en mí este otro amor fuerte, infinito, amor del alma, sin mancha alguna, amor que todo lo da y nada pide, que siempre consuela y siempre alivia, que es ungüento que cura las heridas interiores y bálsamo que mitiga nuestras tristezas, que llora por los que lloran y se da por entero a los que sufren, a los proscritos, a los desheredados, a los que han hambre y sed de justicia.

BERTA

¡Divino amor que todo lo espera en la eternidad!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

«...Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón;
mas causa en mi tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte
y vivir sin tí no quiero,
que muero porque no muero».

BERTA

¡Qué hermoso!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Esto dijo una mujer que lloró mucho, que como San Francisco tuvo amor para todos y que se dió a Cristo por entero, en divinos esponsales.

ESCENA VI

Dichas y Antonia que trae unos cojines.

BERTA

¿Viene ya Ramiro?

ANTONIA

Sí, señorita.

BERTA

Trae, coloca los cojines aquí.

ANTONIA

El médico le ha estado mudando las vendas. Desde que él llegó parece otro.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Cuánta fe tiene en él!

BERTA

No es para menos. Nadie creía que le pudiera salvar.

ANTONIA

Que bueno es, le trata como a un niño.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Los enfermos son como los niños y como a ellos hay que cuidarles y hasta reprenderles.

BERTA

Así le trata Diego, pero pone tanta dulzura en sus palabras...

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Y al verlo parece tan serio que nadie le creería como es.

BERTA

Cierto, antes de tratarlo nos imaginamos un hombre sombrío, seco.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En el hospital los niños le quieren de tal modo que le llaman por su nombre, como a un camarada: Diego, Diego, le dicen. Nosotras tratamos de amonestarles, pero él

no nos deja. Juega con ellos como si fuera otro chico.

ANTONIA

Como él debieran ser todos los médicos y no como don Pablo, que siempre receta regañando y de mal humor. Para él todas las enfermedades de las mujeres son pamplinas: si nos duele la cabeza, pamplinas; si nos duele el estómago, pamplinas; si nos duele...

BERTA

Pamplinas también, Antonia.

ESCENA VII

Berta, la hermana Consolación, Ramiro y Diego.

BERTA

Siéntate aquí, Ramiro, en el sillón patriarcal.

DIEGO

Tal que si fueras un clérigo prebendado.

RAMIRO

Este sillón perteneció, precisamente, a mi tío el Arcipreste Buitrago. Arrellenado en él compuso sus célebres homilías y desde aquí seguía *Los Laudes* que rezan los frailes del monasterio.

BERTA

Colocándole un almohadón en la espalda.

¿Estás cómodo así, Ramiro?

RAMIRO

Muy bien, Berta, tu bondad no descuida nada.

BERTA

Es muy bello el paisaje que se ve desde aquí. ¿Verdad? Mira. ¡Qué hermosos los naranjos, están cubiertos de flores, como si se vistieran de blanco para darte la bienvenida!

RAMIRO

Son viejos amigos míos estos árboles.

BERTA

Ya he dicho a Nicolás que corte un poco la enredadera; cubre casi por completo la ventana y ensombrece la habitación.

RAMIRO

¡Cómo se nos entra alma adentro la primavera y cuánto bien nos hace!

BERTA

Hay tantas rosas, que el huerto es un encanto.

RAMIRO

¡Es mi última primavera, amigos míos!

DIEGO

No digas eso, Ramiro, aún verás florecer infinidad de veces los naranjos, tus viejos camaradas.

RAMIRO

¿Ves aquél tan blanco, lleno de azahares? Tiene mi edad, lo plantó Nicolás el día que yo nací, treinta años cumplirá en este oto-

ño. Aquel otro, que apenas tiene hojas, el más triste de todos, fué plantado la mañana que murió mi madre y, dijérase que está siempre de luto por la muerta. Es una vieja costumbre de la casa: plantar un naranjo en las fechas memorables.

DIEGO

Alégrate que tus amigos los naranjos, te ayudarán a curar.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En el convento hay una hermana que cura todos sus males con tisanas de naranjo.

BERTA

Ramiro está ya bueno, tan pronto cierre la herida puede correr. No le queda sino mimo. ¡Somos tantos a cuidarlo!

RAMIRO

¿Y a quererme?

BERTA

A quererte también. ¡Qué no daría yo por verte contento y fuerte!

RAMIRO

La vida, ¿verdad, Berta?

BERTA

¡Más que la vida!

RAMIRO

¡No, Berta! La vida, solo la vida. Hay algo que no se puede dar. Siento frío. Este horrible frío que se esconde en los huesos.

BERTA

Abrigándole las piernas con un cubre pies.

¿Estás bien, ahora? ¿Quieres que cierre la ventana?

RAMIRO

No, déjala abierta, sube del huerto un perfume delicioso, a juventud, a tierra fresca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Le parece a V., D. Diego, que le prepare un *coktail* caliente.

DIEGO

Sí, eso le hará bien. Es un poco de fiebre que pasará pronto.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pues voy a hacerlo. Vuelvo enseguida.

ESCENA VIII

Dichos menos la hermana Consolación

BERTA

Estás triste Ramiro y ayer, en cambio, al llegar a la casa estabas tan contento, tan alegre. Alégrate de nuevo. Estamos a tu lado los que te hemos de curar, los que te queremos. ¡Alégrate, chiquillo!

RAMIRO

Estáis todos los buenos, mis salvadores; pero tengo una pena, una congoja, como si estuviera zumbando a mi alrededor un negro presentimiento.

DIEGO

¡Siempre con esos pensamientos! Lo peor que puede suceder a un enfermo es dejarse tocar de melancolía, de tedio.

RAMIRO

Tienes razón.

DIEGO

Además que tu no tienes porque verlo todo gris, al contrario, lo que te rodea está pleno de optimismo: flores, cielo azul, agua susurrante y... si sigo me voy a poner romántico como un poeta modernista.

BERTA

A propósito de poetas. Alvaro Miguel apenas supo que habíamos llegado mandó a preguntar por tí, dice que vendrá enseguida, que está impaciente por abrazarte.

RAMIRO

Ya me extrañaba que no hubiese venido. Es tan buen amigo, me quiere mucho.

BERTA

Es un admirable poeta. ¡Cómo conmueven y acarician sus versos!

RAMIRO

Es todo sentimiento.

BERTA

Un gran corazón y una gran inteligencia.

ESCENA IX

Dichos y la hermana Consolación

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Presentándole el *coktail*

Tome. Esto le hará bien. Verá V. como le alegra. Le he puesto unas gotas de cognac.

RAMIRO

Todo lo que V. me prepara me alegra el alma. Es V. tan buena. Sus manos, herma-

na Consolación, merecen ser loadas en unos versos de Alvaro Miguel.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Me está V. lisonjeando, D. Ramiro, y si la reverenda madre superiora se entera, me castiga con una semana a pan y agua.

BERTA

Muy bien. Has tenido una hermosa idea. Yo misma pediré a Alvaro Miguel que escriba los versos.

DIEGO

Y yo a la madre superiora que sea benévola en su castigo.

RAMIRO

Y yo... ¿qué pediré yo para V.?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La gloria.

RAMIRO

Ni aún la gloria, porque esas puertas

hace tiempo que están abiertas para Sor Consolación. Es V. una santa.

DIEGO

No lo saben Vds. bien. Hay que verla, como yo, diariamente en el hospital para comprender toda la grandeza y toda la abnegación de su alma.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Soy una pobre pecadora que aprendió a tiempo a levantar los ojos. En mi alma florecieron las palabras de Cristo y aroman mi existencia de dulce misticismo.

RAMIRO

¡Sublimes palabras, que son un sedante para todas las inquietudes, para todas las zozobras! Palabras de luz, de amor y de perdón, que la intransigencia de los hombres ha entenebrecido, poniéndolas al servicio de las pasiones y del fanatismo. ¡Si Cristo volviera!... Perdóneme, hermana, a veces me olvido de que puedo ofender sus creencias. Es V. tan tolerante, tan comprensiva, que me parece hablar con un compañero y no con una religiosa.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Perdonarle ¿de qué? ¿De ese poquito de desconsuelo? Si hasta yo lo siento, si a veces tengo que rezar mucho para no caer en pecado de rebeldía. ¡Hay tanta miseria! ¡Hay tanto dolor! En cumplimiento de mi santo ministerio lo veo tan de cerca que, en el fondo de mi alma surge la protesta por tanta injusticia, por el desamparo de tanta criatura, por tanto niño que pide pan y tanta madre que busca ese pan a cualquier precio. Unas veces ¡por el pan de los hijos se da el alma y otras, las más, el cuerpo, si hay quien lo compre!...Viendo estas penas también yo pienso como V. ¡Si Cristo volviera!... Y disimulen mis impertinencias que, tal vez, no está bien que las diga, ni las piense una sierva de Cristo.

ESCENA X

Dichos, Antonia y a poco Alvaro Miguel.

ANTONIA

Ahí está, señorita.

BERTA

¿Quién?

ANTONIA

El amigo del señorito, D. Alvaro Miguel.

RAMIRO

Que entre, que entre enseguida.

ANTONIA

Voy corriendo. Está impaciente por ver a Vds. ¡Quiere tanto al niño!

BERTA

Sí, sí, que pase. ¿Por qué se hace anunciar?

ALVARO MIGUEL

¡Ramiro, amigo mío!

RAMIRO

¡Un abrazo, poeta! No aprietes, porque, ya ves, no soy nada, una sombra, una sombra...

ALVARO MIGUEL

Y V. Berta ¿cómo está?

RAMIRO

Ven, ven, que te voy a presentar a mis salvadores. El doctor Diego Coéllar, la hermana Consolación y a Berta ya la conoces, sois viejos amigos.

BERTA

Y buenos amigos.

RAMIRO

Conque, ya lo ves, poeta, el amor, la caridad y la ciencia, trinidad augusta a quien tu amigo debe la vida, te saluda, no en nombre de Apolo, como tu mereces, sino en nombre de Ramiro Buitrago, tu más ferviente admirador.

ALVARO MIGUEL

Mi más querido amigo. Es un verdadero placer para mí saludar a Vds. Su nombre, doctor, ya me era conocido, hasta estos riscos ha llegado su fama y los que quere-

mos de veras a Ramiro, sentimos por usted un gran afecto y una viva admiración.

DIEGO

Muy reconocido, es usted muy amable, peró yo no he hecho sino cumplir con mi deber, casi un doble deber: el deber profesional y el de la amistad. Soy también viejo amigo de Ramiro y así, cuando la ciencia vacilaba, el cariño la orientaba, le daba bríos, nuevas fuerzas para continuar la lucha. A esto añada usted la ayuda de Berta, toda amor y abnegación y la de la hermana, toda caridad. Ya ve usted, menguada hubiera sido mi obra si con tan buenos auxiliares no salgo triunfante.

RAMIRO

No han querido que emprendiera la marcha sin saludarte, sin que estrechara tu mano. Una amistad como la nuestra no podía despedirse así, el viaje era muy largo.

ALVARO MIGUEL

Bien, chiquillo, bien. No hablemos ahora

de eso, hablemos de tí, de la vida. Tu siempre fuiste luchador, querías conquistar el mundo, pues a conquistar la salud, las fuerzas.

BERTA

Eso le decimos todos, que tenga fe, que tenga esperanzas; pero a ratos le entran unas murrias, unas tristezas. Y no está bien; Coéllar quiere que siempre esté alegre, que aleje todos los malos pensamientos.

RAMIRO

¿Cómo alejar los malos pensamientos, cómo matar la tristeza, cuando unos y otra se nos metieron en lo más íntimo de nuestro ser? Y ¿cómo matar esta enfermedad, la nueva, la que no me habéis querido decir, esta que yo siento avanzar poco a poco, como si se arrastrara, como si quisiera pasar desapercibida, buscando cavernas donde esconderse?

DIEGO

Eres un niño, Ramiro. Que sospechas

más ridículas. Mereces azotes. Yo te aseguro, y debes tener confianza en mí, ¿lo entiendes? yo te aseguro que no tardarás en estar bueno, completamente sano, como antes de enfermar.

RAMIRO

Tienes razón y te creo, quiero creerte. Con mis pesimismos os entristezco y os aburro a todos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No diga eso. Lo que queremos todos es que no se disguste.

BERTA

Hablemos de otra cosa. De usted, Alvaro Miguel. De sus versos.

RAMIRO

Por cierto, hace un momento yo he prometido, y es promesa sagrada, que tu escribirías un serventesio en elogio de unas manos.

ALVARO MIGUEL

Bien merecen, por buenas, todas estas manos, no mis pobres versos, sino el más bello y mejor acordado madrigal de Pedro de Quirós. ¡Manos que curan, manos que acarician, manos que consuelan, dignas sois de la inmortalidad y bien quisiera que mis rimas os hicieran vivir por los siglos de los siglos en el triunfo excelso de la poesía!

BERTA

Esas tres virtudes tienen las manos a quien queremos que usted dedique sus versos, Alvaro Miguel: acarician, consuelan, curan, y además son bellas.

RAMIRO

También es virtud la belleza.

DIEGO

Tiene usted ya todos los consonantes.

ALVARO MIGUEL

Pues a no dudarlo son las de usted, Berta.

BERTA

Pues se equivoca usted, poeta.

ALVARO MIGUEL

Es que como la hermana oculta las suyas bajo el hábito, no pude comprobar en ellas la última virtud.

BERTA

Siempre en los hombres la incredulidad de que hablábamos antes, Sor Consolación, no creen sino en la belleza que ven.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Fundamento tiene esa incredulidad, porque de esta vez, el hábito oculta unas manos que solo saben orar.

ALVARO MIGUEL

¡Glorificadas como las de Teresa de Jesús por la plegaria!

DIEGO

¡Un encanto más!

RAMIRO

¿Hay en el convento algún pajarito, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Muchos tienen sus nidos en el huerto.

RAMIRO

Pues como las superioras siempre tienen un pajarito chismoso, en esta ocasión no hay quien la salve a usted de la semana a pan y agua.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Si con este inocente discreteo logramos alejar de usted la melancolía, no hay porque penarme; y el pajarito le dirá a la reverenda madre como con chanzas a las humildes manos de la hermana Consolación se alegraba un enfermo.

ALVARO MIGUEL

Yo quiero que usted acepte mis versos, pondré en ellos lo más puro de mi alma y crea, hermana, que serán candorosos como el

sueño de un niño, limpios de toda mancha, que su recuerdo no los dejará descender a las bajas pasiones, ni a las impurezas de nuestro vivir. Mi musa estará de blanco ese día, como una novicia.

BERTA

Acéptelos, sí.

DIEGO

¿Qué mal hay en ello?

RAMIRO

Mal ninguno. La poesía es santa, todos los místicos han sido grandes poetas y a Dios se acercaban encendidos de lirismo.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Es verdad. El hermano de Asís, la Santa de Avila, Juan de la Cruz, poetas, poetas siempre, cuando hablaban con los hombres y cuando hablaban con Dios.

ESCENA XI

Dichos Rosaura y Elisa

ROSAURA

Desde dentro

No es necesario avisar, Antonia, somos de confianza.

ALVARO MIGUEL

Rosaura y Elisa. Me había olvidado de anunciarles su visita.

BERTA

Adelante, adelante.

ROSAURA

Por Alvaro Miguel nos enteramos de vuestra llegada.

ELISA

Tu siempre tan guapa, Berta. Más joven cada día.

ROSAURA

Ya estamos enteradas de su mejoría, Ramiro.

RAMIRO

Gracias, Rosaura.

ELISA

Si que ha pasado usted un temporal.

ROSAURA

¿Quien había de sospecharlo al verlo la última vez que estuvo en el pueblo?

ELISA

Lo que es la vida, tan fuerte, entonces, tan bien....

RAMIRO

Este temporal, como usted dice, ya pasó. Ahora a fortalecernos en la montaña.

BERTA

Haciendo las presentaciones.

La hermana Consolación. El doctor

Diego Coéllar. Mis amigas Rosaura y Elisa.

ROSAURA

¿Cuánto tiempo vais a permanecer aquí?

BERTA

Hasta que Diego disponga; pero seguramente toda la primavera y gran parte del verano.

ELISA

¡Qué alegría, tenerte entre nosotras todo ese tiempo!

ROSAURA

Aunque somos las primeras en lamentar el motivo.

ELISA

Si vieras cuanto nos hemos acordado de tí. Una enfermedad tan terrible.

ROSAURA

¡Pobre Berta, cómo habrás sufrido!

BERTA

No sentía yo mis sufrimientos, sino los de Ramiro.

ELISA

En muchas ocasiones los enfermos son los que menos sufren. Ahí tienes el caso de mamá; dos años hace que está en cama, casi se ha llegado a familiarizar con la enfermedad; pero yo en cambio sufro lo indecible, como que tengo que adivinarle todos los caprichos, los menores deseos; de tal modo que no me queda tiempo para nada. A Rosaura le venía diciendo que no debieron nombrarme de la Junta organizadora de la velada; pero hija, si no aceptaba, la marquesa de Vega-Hermosa, que es la presidenta, se ofendía. Y como yo no sé decir a nada que no, tengo que sacrificarme; así es que, con esto de ir a invitar a los que han de tomar parte en la fiesta, hay día que apenas si llego a casa. Mamá, aburrida de estar sola, ha leído ya, por tercera vez, «Oscar y Amanda».

BERTA

¿Organizáis una velada?

ELISA

Sí, a beneficio de la Cruz Roja. Hace un mes que no nos ocupamos de otra cosa.

RAMIRO

Estará muy bien. Tienen ustedes mucho gusto para esas fiestas.

ROSAURA

Esperamos que el público responda a nuestros esfuerzos.

ELISA

Es un trabajo muy grande organizar estos espectáculos, pero se trata de la caridad y no nos podemos negar.

ROSAURA

Aunque nadie lo agradezca.

BERTA

Siempre hay quien lo agradezca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Debemos hacer el bien, no por los de-

más, sino por nosotros mismos, por nuestra propia satisfacción.

BERTA

¿Y qué más? Contadme cosas del pueblo. ¿Qué es de Conchita Armiño, a quien tanto quiero? ¿Se ha casado?

ELISA

Sí, y ya está gestionando la separación.

BERTA

¿Cómo?

ROSAURA

Fué un matrimonio precipitado, conveniencias de familia.

BERTA

Pero ¿no se casó con aquel muchacho abogado, su novio de tanto tiempo?

ELISA

No, esos amores terminaron. De la noche a la mañana rompieron sin que nadie

supiera la causa, él se embarcó, y a los tres meses se casaba ella con el tarambana de su primo Andrés.

BERTA

¡Pobre Conchita! Tan simpática.

ROSAURA

Pues ahora está que no se conoce. Aseguran que se casó por despecho, si así es, caro lo ha pagado, lleva una vida muy desgraciada.

ELISA

Ella siempre fué coquetilla, ligera de corazón.

ROSAURA

Se dijeron cosas... mentiras, desde luego.

ALVARO MIGUEL

Una víctima más del ambiente, del prejuicio social. Al romper Concha con el novio, su verdadero amor, hubo un poco de murmuración, cosas de amigas; la murmuración fué creciendo y los padres de la

chica ya no pensaron sino en salvar el nombre; precisaba buscar pronto quien acallara el chismorreo y al presentarse Andrés, el villano, el rufián de Andrés, la familia no reparó en las condiciones morales del sujeto, no vaciló en sacrificar a la muchacha que, idiotizada por la congoja de ver todos sus sueños, sus ideales truncados, se avino resignada a borrar una mancha—si mancha hubo en sus amores, que yo no lo creo—con otra mancha mayor; pero al casarse con Andrés se había salvado para los de Armiño lo importante, lo único: el honor de la casa, nublado un instante por la maledicencia y que, con el casamiento, volvía a relucir diáfano, resplandeciente.

RAMIRO

Como si una idea lacerante y sombría se apoderara de su alma, entenebreciéndola.

¡El honor! Si se resintieron los sillares ¿cómo reconstruirlo?

ROSAURA

Tiene Conchita en Alvaro Miguel un gran defensor.

ALVARO MIGUEL

Siempre lo fuí.

ROSAURA

Aunque alguien dice que no le agradece Andrés a usted esa defensa.

ELISA

Pero se lo agradece ella y eso es lo que busca Alvaro Miguel.

ALVARO MIGUEL

No. Se equivoca usted, Elisa y se equivocan todos. Ni busco el agradecimiento de Concha, que estimo grandemente, ni me importa lo que piense su marido ni lo que digan los otros, que ya sé yo que en este pueblo, en mi pueblo, se sospecha de todo, no porque todos seamos malos, sino porque pensamos que los demás harían siempre aquello que nosotros hubiésemos hecho en su lugar.

ELISA

Nos vamos; tenemos todavía que ultimar muchos detalles del programa.

ROSAURA

Ya vendremos con frecuencia por aquí.

BERTA

No dejéis de venir.

ELISA

Y usted, Ramiro, a curarse, a curarse pronto para no desmentir la fama de nuestro clima.

RAMIRO

Gracias, gracias.

ROSAURA

Adios hermana, adios doctor. Alvaro Miguel, adios.

ALVARO MIGUEL

Adios. Hasta luego.

ESCENA XII

Dichos menos Rosaura y Elisa

DIEGO

Que chicas tan originales.

RAMIRO

Habladorcitas, chismocitas, recataditas.

ALVARO MIGUEL

El símbolo del pueblo.

BERTA

Son muy buenas muchachas, muy cariñosas.

ALVARO MIGUEL

Desde que perdieron la esperanza de casarse odian a todos los hombres.

RAMIRO

Y a todas las mujeres casadas.

BERTA

¡Bah! Cosas tuyas.

DIEGO

No son muy piadosas con vuestra amiga.

BERTA

¿Con la de Armiño? De soltera les inspiraba envidia. Es guapa.

ALVARO MIGUEL

Y ahora de mal casada les inspira una cordialísima satisfacción.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Son tan malas?

ALVARO MIGUEL

No, hermana. Son honestas, virtuosas, lo que en el pueblo llaman buenas; pero incapaces de comprender y menos de perdonar ningún pecado de amor.

BERTA

Desde la ventana

¡Qué día tan alegre, el sol se nos mete en el alma y nos hace soñar y ser buenos!

DIEGO

Nos limpia de impurezas.

RAMIRO

Amargado y como quien no quiere descubrir toda la verdad de su horrible sospecha.

¿Por qué no limpiará también nuestra alma de dudas? Si el sol entrara dentro de mí y pusiera luz en mi espíritu yo sanaría de esta enfermedad; de la que tu no puedes curarme, Diego; de esta que yo siento aquí dentro, muy adentro.

DIEGO

Te empeñas en atormentarte. No sigas.

BERTA

Deseosa de romper esta situación.

¿Recuerda, Alvaro Miguel, aquellos versos que usted dedicó a Ramiro, poco antes de nuestra boda?

ALVARO MIGUEL

Los hice la noche que la conocí a usted. Su belleza y su bondad me impresionaron de tal manera, que pensé expresarle con ellos mi simpatía.

RAMIRO

Son unos versos desesperanzados, de cansancio, de quien no espera nada de la vida; un reproche a la voz amiga que te incitaba a la lucha, en la seguridad de que tuyo sería el triunfo, tuya la gloria, tuyo el amor también.

ALVARO MIGUEL

¡El amor, la gloria! Conoces mi vida, Ramiro, nunca tuve secretos para tí y, bien sabes que mi amor y mi gloria se fueron en una tarde muy triste del otoño y se lleva-

ron los más puros anhelos de mi alma, mis ilusiones, mi juventud, todos mis ideales, y ya...

Me basta para el resto de mi vida,
evocar el recuerdo de una hora.

así creo que terminaban aquellos versos.

BERTA

¡Hora encantada que pasó enseguida!
Infeliz corazón desengañado,
advierte a la importuna rondadora,
que mi alcázar por siempre está cerrado... *

RAMIRO

Ya ves cuanto te admira, que sabe tus versos de memoria.

ALVARO MIGUEL

Al recitarlos usted me enorgullezco de su paternidad. Es el mejor elogio que de ellos me han hecho.

DIEGO

No rima bien el escepticismo con un poeta. Debemos luchar por la lucha misma,

* M. Verdugo.

por la vida, sin esperar recompensa, sin pensar en la mujer que, enamorada, espere anhelante nuestro regreso.

RAMIRO

De las grandes penas, de las grandes angustias, del dolor que jamás se calma, han surgido casi todos los redentores de la humanidad.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Cristo mismo llevó siempre en lo más íntimo de su alma una gran tristeza.

ALVARO MIGUEL

Pero Cristo esperaba.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

También usted debe esperar. La esperanza es lo único que nos redime de la maldad y los que amaron mucho nunca pierden la espezanza de encontrar al ser amado. ¡El amor que se fué en una tarde del otoño no retorna, pero nosotros vamos a él!

BERTA

¡El amor! ¿Sabemos nunca donde hemos de encontrarle?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En Dios.

RAMIRO

En el deber.

DIEGO

En la vida.

ALVARO MIGUEL

En los sueños.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El amor de Jesús es infinito. Es luz, es guía, es bienaventuranza.

RAMIRO

Fuera del deber el amor es traición, es engaño. Es el cáncer de las almas.

DIEGO

El amor es vida, es juventud, es nervio y sangre. Es la floración de la carne.

ALVARO MIGUEL

Sólo los que sueñan saben amar.

Amortiguada por la distancia llega hasta ellos la oración del monasterio. Los salmos de David tienen en la quietud de este atardecer una mística poesía propicia al ensueño y a la meditación. El órgano suena dulce y plácidamente como una querella, como la queja de un espíritu divino y exaltado.

BERTA

Oid. Es el rezo de los frailecitos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Los salmos de David.

ALVARO MIGUEL

El padre Leocadio con sus ochenta años los acompaña al órgano.

RAMIRO

Es el pasado que vuelve. El Arcipreste. Las Vísperas.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Llevando el rezo.

Convertere anima mea in requiem tuam. ¡También esto es amor, hermanos!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

La hermana Consolación y
Alvaro Miguel.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En estos días que llevamos aquí ha estado más intranquilo que nunca.

ALVARO MIGUEL

Esta paz es, sin embargo, propicia al reposo.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Eso creíamos todos.

ALVARO MIGUEL

Ciertamente.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Esperábamos que esta tranquilidad calmaría sus nervios.

ALVARO MIGUEL

Acaso el recuerdo de sus muertos le entristezca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tal vez.

ALVARO MIGUEL

Tienen un frío extraño las casas largo tiempo abandonadas.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Nombra mucho a su madre.

ALVARO MIGUEL

Murió de la misma enfermedad.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Mala herencia.

ALVARO MIGUEL

Sí. ¿Y la fiebre?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Continúa. Al principio creíamos que sería de la herida.

ALVARO MIGUEL

¿Cierra bien?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Lentamente, conforme a los deseos del médico. Lo peor es el estado de su espíritu. Se mata él mismo.

ALVARO MIGUEL

Esa melancolía pasará.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La casa para un enfermo es un poco triste,

ALVARO MIGUEL

Demasiado severa.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En estos corredores tan largos resuenan los pasos de un modo...

ALVARO MIGUEL

Como si vinieran de muy lejos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Yo a veces vuelvo la cabeza, como si alguien me siguiera.

ALVARO MIGUEL

De chicos jugábamos aquí, pero sin hacer ruido, silenciosamente. De cuando en cuando pasaba doña María, la madre de Ramiro. Nos acariciaba y nos daba dulces. Era muy buena. Nosotros la queríamos besar, pero ella no se dejaba y... siempre, siempre se iba con los ojos en lágrimas. Yo era muy pequeño y conservo aún la impresión de aquella señora enferma, pálida, llo-

rosa, que desaparecía como una sombra por los corredores solitarios.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Pobre señora! ¿Murió muy joven?

ALVARO MIGUEL

Sí, muy joven.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿No tuvo más hijos?

ALVARO MIGUEL

No. Ramiro es el último de la familia.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Nuestro Señor le devuelva la salud.

ALVARO MIGUEL

Yo tengo esperanzas. Para mí es como un hermano.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El también le quiere a usted mucho.

ALVARO MIGUEL

Es el cariño de la infancia que no se borra nunca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Voy adentro, puedo hacer falta.

ALVARO MIGUEL

Hasta luego.

ESCENA II

Alvaro Miguel, a poco Concha Armiño.

ANTONIA

Acompañándola hasta la puerta.

Pase, pase señorita.

ALVARO MIGUEL

¿Es usted, Concha? Adelante.

CONCHA

Gracias. ¿Y Berta?

ALVARO MIGUEL

Saldrá enseguida. ¿Quiere usted que le avise?

CONCHA

No tengo prisa. Además me alegro de encontrar a usted; deseo hacerle un ruego.

ALVARO MIGUEL

Crea usted que para mí el serle útil en algo sería un gran placer.

CONCHA

Lo sé, Alvaro Miguel. Es usted muy bueno conmigo.

ALVARO MIGUEL

Por Dios, no faltaba más.

CONCHA

El único que se ha compadecido de mi

desgracia; el que no ha ultrajado mi dolor.

ALVARO MIGUEL

Desprecie las pequeñeces de este pueblo.

CONCHA

Es que han sido muy injustos conmigo.

ALVARO MIGUEL

Lo sé, pero ¿á qué acordarse de ello?

CONCHA

En medio de mis tribulaciones ha sido para mi un consuelo saber que usted tenía siempre una palabra de defensa.

ALVARO MIGUEL

De justicia.

CONCHA

Impidiendo, muchas veces, que la mala intención se enzañara en mi desgracia.

ALVARO MIGUEL

Todo eso son miserias que sólo merecen su desdén.

CONCHA

Me han hecho sufrir tanto.

ALVARO MIGUEL

Lo sospecho.

CONCHA

He pagado tan cara esta equivocación.

ALVARO MIGUEL

Fué usted cobarde.

CONCHA

Fuí cobarde, es verdad; no supe resistir la imposición de los míos, sacrifiqué todo lo que una mujer puede sacrificar a los veinte años y aun no me he curado de esta cobardía y sigo sujeta a mi desventura, no por ninguno de esos lazos que ennoblecen la vida, sino por el prejuicio de

esta sociedad despiadada. Ni hijos, ni amor y, sin embargo, no tengo fuerzas para separarme del hombre que, después de haberse empequeñecido a mis ojos de la manera más vil, me está empequeñeciendo ante mi propia conciencia.

ALVARO MIGUEL

Tenga valor y termine de una vez.

CONCHA

Imposible.

ALVARO MIGUEL

Aun puede reconstruir su vida.

CONCHA

En otro lado tal vez, pero aquí no. Las gentes, ya usted las conoce, no tienen piedad. Murmuran de todo.

ALVARO MIGUEL

De no tomar una resolución suprema será víctima del ambiente.

CONCHA

Lo soy ya, Alvaro Miguel.

ALVARO MIGUEL

No quisiera creerlo.

CONCHA

Ahora mi ruego. No me defienda más.

ALVARO MIGUEL

¿Cómo?

CONCHA

Sí, no me obligue a decirle que ni los sentimientos más nobles se respetan en este pueblo.

ALVARO MIGUEL

Pero ¿es posible?

CONCHA

Sí, posible. Créalo usted todo de esas amigas que tanto me quieren, de esas que por mi bien, solo por mi bien, según ellas,

me dicen que ya se habla de las acaloradas defensas que Alvaro Miguel hace de mí.

ALVARO MIGUEL

¡Hasta donde llegan!

CONCHA

Y no pararán mientras no haya otro caso que comentar, otra víctima.

ALVARO MIGUEL

Es para mi una pena el pensar que hasta mis palabras hayan amargado su vida.

CONCHA

No diga eso. Sus palabras han sido para mi la única alegría; no puede usted imaginarse mi satisfacción, casi mi orgullo al ver que, en medio de tanta injusticia, alguien comprendía mi dolor y me amparaba contra la maledicencia de todos y que ese alguien era usted, Alvaro Miguel, a quien tanto admiro.

ALVARO MIGUEL

Por Dios, si llegaran a saber que usted me admira.

CONCHA

Pues no crea usted, a veces me entran unos deseos rabiosos de decirlo a gritos, de que sepan todos que le estoy profundamente agradecida; pero ya ve usted, si sospechan que son interesadas sus palabras, que no sospecharían de las mías? ¡Hasta esta simpatía tengo que ocultarla como una mancha!

ALVARO MIGUEL

Hace bien, ocúltela, escóndala; desde hoy yo esconderé también la mía y de seguro que escondida aquí, en lo más íntimo, en lo más puro de nuestro corazón, irá creciendo, irá creciendo y ¡quien sabe si, acostumbrada nuestra simpatía a las sombras del espíritu, se convertirá en otro sentimiento más fuerte, más recio, que no podamos arrancárnoslo del pecho sino sangrando, en llaga viva!

CONCHA

No siga, Alvaro Miguel.

ALVARO MIGUEL

Acaso el mal pensamiento de los otros haya entrado en mi alma sin yo saberlo.

CONCHA

¿Qué dice?

ALVARO MIGUEL

Que si se empeñan, bien pudiéramos hacer de nuestras dos soledades una nueva vida. Hay algo en nosotros que nos une, el dolor, el amor...

CONCHA

Aunque así fuera.

ALVARO MIGUEL

Aunque así es.

CONCHA

¡Aunque así es! No debemos, Alvaro Miguel. No pensemos ahora en los demás,

pensemos en nosotros mismos, por nosotros mismos, por nuestra propia estimación, no debemos.

ALVARO MIGUEL

¿Sacrificándonos?

CONCHA

Sacrificándonos, ahogando en lágrimas, si es preciso, este sentimiento, haciéndonos sangre, como usted dice.

ALVARO MIGUEL

Piense que es el porvenir; que es toda una vida; que es el amor que renace purificado en nosotros.

CONCHA

No.

ALVARO MIGUEL

Es la felicidad que solo pasa una vez por nuestra puerta.

CONCHA

No; y bien sé que con este **no** mato todas mis esperanzas. ¡No!

ALVARO MIGUEL

¡Concha!

CONCHA

Guardemos a la sombra del espíritu este sentimiento.

ALVARO MIGUEL

Somos cobardes ante este amor que nace.

CONCHA

Seremos fuertes para vencerlo.

ESCENA III

Dichos y Berta.

BERTA

Tu aquí, ¡que alegría!

CONCHA

A pesar de no salir desde hace bastante tiempo no quería dejar de abrazarte.

BERTA

Cuanto te lo agradezco.

CONCHA

Saber que habías llegado y no venir a verte no era posible. Después de seis meses es ésta la primera salida que hago.

BERTA

Hubiera sido una ingratitùd que no te perdonaría.

CONCHA

Dime, y Ramiro ¿cómo sigue?

BERTA

Mejorando lentamente.

CONCHA

Me he acordado mucho de vosotros.

BERTA

Eres muy buena. De tí ya he sabido por Rosaura y Elisa.

CONCHA

Siento que hayan sido las primeras en traerte noticias mías.

BERTA

No, que también Alvaro Miguel me ha hablado de tí. Por cierto, chica, me he llevado una gran sorpresa, yo te creía casada con tu novio de siempre...

CONCHA

No hablemos de eso ahora, ¿para qué aumentar tus penas con las mías?

BERTA

Pues nada, a sacudir las amarguras y a vivir.

ALVARO MIGUEL

A vivir como se pueda; con amor o con odio.

CONCHA

Odiar. ¿A quién? ¿A los demás, a nosotros mismos? ¿Sé yo, por ventura, quien es el culpable de mi suerte?

BERTA

Es verdad. Somos unos peleles movidos por el destino.

ALVARO MIGUEL

Ridícula pantomima la de nuestro vivir. Buscamos constantemente la verdad y cuando, guíados por un impulso generoso de nuestras almas, hemos creido encontrarla en el divino explendor de su belleza, entonces, otra verdad austera, sombría, nos dice: por ahí no, por aquí, y nos señala el camino de la soledad y de las tristezas infinitas.

CONCHA

La tristeza tiene también su encanto. Me he familiarizado ya de tal modo con ella que no la temo. Es una buena amiga.

BERTA

Hay a veces una secreta voluptuosidad en la tristeza que nos hace entornar dulcemente los ojos.

ALVARO MIGUEL

Y soñar con la dicha lejana.

CONCHA

Y con las ilusiones muertas.

BERTA

Estamos muy románticos.

ALVARO MIGUEL

Y muy cursis ¿verdad?

CONCHA

Cierto.

BERTA

No sé que tiene esta dichosa casa, todos nos sentimos en ella tocados de melancolía. Cambiemos el disco.

ALVARO MIGUEL

Sí, hablemos de otra cosa.

CONCHA

Tenía muchos deseos de charlar contigo. En el pueblo hago una vida aislada, retraída de todo.

BERTA

Ahora vendrás a verme con frecuencia.

CONCHA

Algunos días.

BERTA

Me contarás muchas cosas. Voy a avisar para que nos sirvan el te. Esta tarde me perteneces.

Llama

CONCHA

Quisiera estar en casa...

BERTA

No; no me digas que no. Así saludas a Ramiro.

CONCHA

No pensaba irme sin hacerlo. ¿Descansa?

BERTA

No; está en la galería con la hermana. Ya le hemos hecho la cura.

CONCHA

¿Es dolorosa?

BERTA

Bastante. Coéllar desea que tenga abierta por algún tiempo la herida.

ANTONIA

Desde la puerta

¿Llamaba la señorita?

BERTA

Sí; prepara el te.

ANTONIA

Lo subiré enseguida.

Váse

CONCHA

Antonia está muy contenta de tenerles aquí.

BERTA

Nos quiere mucho.

ALVARO MIGUEL

A Ramiro lo vió nacer.

BERTA

Vamos a buscarle. ¿Queréis?

ALVARO MIGUEL

Si.

CONCHA

Vamos.

BERTA

El se alegrará de verte.

ESCENA IV

Berta y Diego.

En el momento en que Berta, precedida de Concha y Alvaro Miguel, va a entrar en busca de Ramiro, aparece Diego por la puerta del fondo, de cuyo dintel no pasa en toda la escena.

Es este un diálogo de inquietud, de sobresalto, de quienes temen ser sorprendidos y están refrenando sus palabras y sus sentimientos.

DIEGO

Berta...

BERTA

¡Ah! ¿Es usted, Diego?... Sigan. Voy enseguida.

Retrocede y va hacia donde está Diego.

Ibamos a buscar a Ramiro.

Con marcado temor y recelo.

¿Qué quieres?

DIEGO

Nada, absolutamente nada. Anunciarte que me marcho.

BERTA

¿Qué te vas?

DIEGO

Hoy mismo.

BERTA

¿Lo abandonas?

DIEGO

Con acritud y amarga ironía.

No pretenderás que continúe presenciando por más tiempo vuestro idilio. ¡Tu nueva luna de miel!

BERTA

No seas cruel. No me hables así.

DIEGO

En el tiempo que llevamos aquí no has tenido un solo momento para mi, una sola palabra. Todas tus caricias, todas tus ternezas han sido para él.

BERTA

Es mi reivindicación.

DIEGO

Y mi tormento.

BERTA

Piensa que es el enfermo.

DIEGO

Todo eso está bien, pero yo necesito que me oigas.

BERTA

Mientras permanezcamos en esta casa deja que me entregue a él por completo.

DIEGO

¿Para que me has traído, entonces?

BERTA

Para que lo cures.

DIEGO

¿Es decir que aquí sólo soy el médico?

BERTA

Mas aún, el salvador.

DIEGO

No, Berta, no me entiendes; es que yo sufro también; tu indiferencia, tu alejamiento no me dejan vivir. Es mejor que me vaya.

BERTA

¡No! Es cuando más necesito de tu auxilio.

DIEGO

Y yo de tu amor.

BERTA

No hablemos de eso. Esta casa pesa de tal modo en mi conciencia que no me deja acercar a ti como yo quisiera.

DIEGO

Necesitamos hablar. ¡Tengo tantas cosas que decirte!

BERTA

Ahora no, van a venir, le fueron a traer.

DIEGO

¿Cuándo, entonces? Dime.

BERTA

Temo que alguien pueda sospechar...

DIEGO

¡Cómo has cambiado!

BERTA

Piensa que lo mataríamos si nos sorprendiera.

DIEGO

Algo ha pasado por tu alma, Berta.

BERTA

Si, Diego, una luz; pero ya tu la apagaste... ¡Te quiero!

DIEGO

¿Hablaremos?

BERTA

Si, yo te lo prometo; pero no lo abandones.

DIEGO

Me quedaré mientras tu tengas una mirada para mí.

BERTA

Vete, ahora.

DIEGO

Voy a mi cuarto. Hasta luego. Hasta siempre.

Le besa las manos apasionadamente y se aleja satisfecho y enamorado.

BERTA

Ven a tomar el te.

DIEGO

Desde dentro

Si.

BERTA

Queda, vacilante y pensativa, sumida en hondo recogimiento espiritual.

¡Hasta siempre!

ESCENA V

Berta, la hermana Consolación, Concha, Ramiro y Alvaro Miguel.

RAMIRO

Apoyado en el brazo de Alvaro Miguel y como si continuara su conversación con la de Armiño.

Veo que no se olvidan en el pueblo de mi.

ALVARO MIGUEL

Te quieren de veras.

RAMIRO

A Berta

¿Con quién hablabas?

BERTA

Con Diego.

RAMIRO

¿Por qué se ha ido?

BERTA

Creo que fué a mudarse. Vuelve enseguida.

Cambiando la conversación

Todos están contentos de tu mejoría.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Constantemente vienen a interesarse por su salud.

ALVARO MIGUEL

En el Casino colocan un parte diario dando cuenta a los socios de tu estado.

CONCHA

Es una deferencia que tienen con su antiguo presidente.

RAMIRO

Lo fuí tan poco tiempo.

CONCHA

El necesario para organizar los bailes más lucidos que se han dado en el pueblo.

RAMIRO

Fué aquella una época de mucha animación. ¡Cómo nos divertíamos! ¿Recuerdas, Alvaro Miguel?

ALVARO MIGUEL

Esos tiempos no se olvidan, solo que ya resultamos viejos con nuestros treinta años.

Nuestros valses y nuestros rigodones ceremoniosos resultan antiguallas.

CONCHA

Ahora se baila el *Fox-trot*, el *One-Step* y otros primores por el estilo, en que las parejas muy juntitas hacen toda clase de monadas.

BERTA

Es lo moderno, lo *chic*.

ALVARO MIGUEL

La galante invitación al Boston, la frase cortesana con que solicitábamos el honor de valsar con una chica, ha sido sustituída por la más gráfica de: ¿nos *tangueamos*, *che?* o por aquella otra elegantísima de: ¿quieres *foxtrotearte* conmigo?

Entra Antonia con el servicio del te.

ANTONIA

El te, señorita.

BERTA

Coloca la bandeja en la mesa y pasa aviso al médico que está en su cuarto.

RAMIRO

En nuestro país la renovación ha comenzado por el baile. A los pollos bien, corresponden todos los honores de este movimiento.

ALVARO MIGUEL

La revolución desde arriba.

BERTA

Sirviendo el te.

¿Sólo o con leche?

CONCHA

Un poco; así; basta. Dos terrones nada más, no soy muy golosa.

BERTA

A usted como siempre ¿verdad, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No se moleste, yo misma me serviré.

BERTA

Acérquese, Alvaro Miguel. La mantequilla es de la casa, fresca, recién hecha.

ALVARO MIGUEL

Riquísima.

BERTA

Para tí, Ramiro, solo un poco de te. ¿Más azúcar?

ESCENA VI

Dichos y Diego Coéllar.

DIEGO

¿Queda una taza para mi?

BERTA

Aquí está esperándole.

RAMIRO

¿Trabajabas?

DIEGO

Leía un poco, por no perder la costumbre.

CONCHA

«El Eco de la Montaña», nuestro periódico, publica un artículo en términos muy cordiales y afectuosos, dándoles la bienvenida. ¿Lo habéis visto?

BERTA

No, no lo hemos leído. Mándamelo.

RAMIRO

De seguro que no será ajeno a ello el poeta.

CONCHA

Tan pronto llegue a casa lo enviaré. Está escrito con mucho cariño.

BERTA

¿No se sirve de este dulce, Diego? Es confección casera.

DIEGO

Sí, un poco.

BERTA

¿Tostadas?

DIEGO

También, tienen buena cara.

BERTA

Otra taza, hermana, usted siempre toma dos.

RAMIRO

Después que se podó la enredadera está el salón más alegre.

DIEGO

Entra el sol, antes se quedaba prisionero en la madreselva.

BERTA

Los pájaros no me dejaron dormir la mañana, estuvieron cantando desde que amaneció.

RAMIRO

Hay centenares.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El alero está lleno de nidos, es una gloria ver llegar a los padres con la comida.

BERTA

Hoy hacían algunos su primer vuelo, un gorrión vino a caer a mis pies, lo coloqué en el rosal de nieve y allí se quedó cansadito, como si durmiera.

ESCENA VII

Dichos, Rosaura y Elisa, anunciadas por Antonia.

ROSAURA

¡Qué agradable encuentro, aquí están

todos, hasta Concha, a quien no se ve nunca!

ALVARO MIGUEL

El ruiseñor y la alondra, los que faltaban.

ELISA

Hija, que cara te vendes.

CONCHA

Ya sabes que salgo poco.

ROSAURA

Veníamos a traerles un palco para la velada, esperamos que Berta nos honrará con su asistencia.

BERTA

De noche no me separo de Ramiro, pero lo tomaremos para contribuir con algo. ¿Os sirvo una taza de te?

ROSAURA

Gracias, acabamos de merendar.

ELISA

Nosotras que habíamos asegurado que tu vendrías.

BERTA

Siento no complacerles, discúlpenme.

ELISA

Alvaro Miguel ya nos dió sus versos. ¡Qué bonitos son!

ROSAURA

Parece mentira que una persona a quien vemos todos los días, escriba cosas tan bellas.

ALVARO MIGUEL

He cambiado de pensar y no serán esos los que lea. Leeré una composición titulada «En elogio de sus manos».

ROSAURA

¡Ah, no! Aquellos versos tan hermosos, de ningún modo.

ELISA

Serán la nota más tierna de la velada.

ROSAURA

Ayer, en junta, los leyó Rosarito Soler, que es una admirable lectora, y nos hizo llorar a todas. ¡Qué sentimiento, que poesía!

BERTA

Ya nos los recitará.

ALVARO MIGUEL

No valen nada. Sentimentalismos ridículos.

ELISA

La marquesa de Vega-Hermosa me decía conmovida: por un hombre así, que nos hace vibrar las más escondidas fibras, comprendo que se olvide una de su alcurnia.

CONCHA

Sea enhorabuena. Un gran partido. No pierda la oportunidad.

BERTA

Para un poeta, para un soñador como usted, la marquesa es el ideal.

CONCHA

Vieja, fea y rica. ¡Un porvenir!

RAMIRO

Los poetas lo idealizan todo y la marquesa, idealizada, está todavía aceptable.

ALVARO MIGUEL

En esa obra flaquea mi imaginación.

ROSAURA

Los hombres siempre tan materialistas.

BERTA

Hasta los poetas, Rosaura.

ROSAURA

Los poetas son falsos, hipócritas, hoy dicen que mueren de amor por unos ojos azules y mañana por unos ojos negros.

RAMIRO

Fuerza del consonante.

DIEGO

Culpemos de esa veleidad, no a los poetas, sino a la vida misma que es tan mudable; eternidad y amor no riman bien, aunque otra cosa crean los enamorados.

RAMIRO

Es desconsoladora esa teoría tuya. Si el amor es verdad, si no es un espejismo de nuestras almas, es eterno, va más allá de la vida y más allá de la muerte. Tal al menos quiero yo creer.

CONCHA

No hay que matar la ilusión.

ÁLVARO MIGUEL

Sería tan triste la vida esperando siempre la muerte de nuestro amor.

DIEGO

O la resurrección. El amor como los dioses también resucita.

RAMIRO

Pero nos faltaría la fe para reconocerlo.

CONCHA

Despidiéndose.

Tengo que abandonaros. Adios Berta.

BERTA

Tan pronto.

CONCHA

Que cuando le vuelva a ver esté completamente bueno.

RAMIRO

Gracias, Concha.

ELISA

Nos vamos contigo. La dichosa velada nos da tanto que hacer.

CONCHA

Adios. Alvaro Miguel...

ALVARO MIGUEL

Salgo con ustedes. Hasta cada momento, Ramiro.

RAMIRO

Ven, ven mañana. Tenemos mucho que hablar.

ALVARO MIGUEL

No faltaré nunca.

A la hermana Consolación que en toda esta escena ha permanecido leyendo en su libro de oraciones.

Su bondad, hermana, me ha hecho levantar los ojos de la tierra.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Espere, espere siempre. ¡Los que se fueron también esperan!

ESCENA VIII

Berta, la hermana Consolación, Ramiro y Diego.

DIEGO

Es muy simpático vuestro amigo el poeta.

BERTA

Y muy bueno. A Ramiro lo quiere como a un hermano.

RAMIRO

Hemos pasado nuestra juventud juntos. Eramos los inseparables.

BERTA

En vísperas de casarse, amonestado, se le murió la novia, una niña angelical, encantadora.

RAMIRO

Fué ese un golpe terrible, esa pena la lleva sangrando en lo más puro de su alma.

BERTA

Un idilio roto.

DIEGO

Hoy he dado una vuelta por el pueblo. Es interesante.

RAMIRO

¿Te gusta?

DIEGO

Mucho. Con sus calles solitarias, con sus plazas románticas y sus templos cerrados, parece una ciudad dormida, una vieja ciudad que reposa de las pasadas fatigas en un sueño milenario.

BERTA

La vega es muy bonita. Hay muchos jardines.

RAMIRO

Acompaña a Diego para que vea nuestro huerto. Enséñale el estanque de los cisnes

y también el colmenar. Es muy curioso y seguramente te interesará. La hermana Consolación me hará compañía.

BERTA

¿Quiere usted venir, Diego?

DIEGO

Si, con mucho gusto. Realmente es muy bello todo esto. Para unos meses de descanso, tu casa solariega es un paraíso.

BERTA

Sin serpiente.

RAMIRO

Pero con manzanas.

BERTA

Y que son riquísimas, ya las comerán ustedes. Es una especialidad en todo el mayorazgo.

RAMIRO

No dejéis de ver el castaño. Es el patriarca, el abuelo.

BERTA

Volveremos enseguida. Hasta ahora. ¿Quieres tomar algo? ¿Tienes frío?

RAMIRO

No, estoy bien, ve tranquila. Adios.

ESCENA IX

Ramiro y la hermana Consolación

Se hace un silencio pesado, angustioso, agorero. Uno de esos silencios llenos de presentimientos y de amarguras, como si las almas estuvieran alerta, en espera de que la fatalidad matara la dicha.

RAMIRO

Cuando no está aquí Berta, el salón parece volver a adquirir su vieja tristeza. Ella es la alegría, su presencia es para mi alma un rayo de sol.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Es muy buena. ¡Le quiere a usted tanto!

RAMIRO

¿Amor o compasión, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Amor. ¿Por qué esa duda?

RAMIRO

Tal vez sea lo mismo. Compadecer ya es amar.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Todo amor es compasivo.

RAMIRO

Ellos son la juventud, la vida y yo ¿qué soy yo?... Ayúdeme, hermana, quiero ir a la ventana; verlos, contemplarlos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Volverán pronto.

RAMIRO

Con intención reconcentrada.

¡Algo se ha ido ya que no vuelve!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No tardarán.

RAMIRO

Los enfermos podemos llegar hasta el fondo de las almas y sorprender los secretos más ocultos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No se martirice con tan extrañas ideas. Recuerde lo que recomienda siempre don Diego.

RAMIRO

El quiere que no piense, que ahogue mis sospechas.

Ya en la ventana

Mírelos, hermana, que buena pareja hacen. Van muy interesados en la conversación; no reparan en nada, han pasado por el viejo castaño sin mirarlo. ¿Qué habla-

rán? Ahora se han callado y este silencio está lleno de temores; dijérase que temen expresar lo que piensan.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Vamos; no continúe más aquí, el aire no debe hacerle bien, vuelva a la butaca.

RAMIRO

No, hermana. El aire es tan tibio. Además no puede usted imaginarse cuanto me alegra contemplarlos así, de lejos, cuando ellos se creen libres, solos... ¡Se miran largamente a los ojos, quieren sorprender sus pensamientos! Vacilan. ¿Por qué se estrechan las manos?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Venga, venga. Está nervioso, abandone la ventana. Créame, no le hace bien.

RAMIRO

La verdad siempre hace bien; la duda es la que nos muerde, nos desgarra el corazón. Vea, hermana ¡es la vida que se aleja!

Les observa con dolorosa atención.

Van tan unidos, cogidos por la cintura, ella reclina la cabeza en el hombro de él y...

Horrorizado al verles besarse vuelve la vista.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Dios mío!

RAMIRO

Reponiéndose lentamente.

¡También eso es la vida, hermana! ¡La verdad ya es mía! Ahora acompáñeme al sillón.

Arrastra su cuerpo enfermo, angustioso, desfalleciente. Es una asoladora tormenta espiritual.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Rece. Cuando tenemos una pena muy grande solo la oración nos consuela.

RAMIRO

Exaltándose gradualmente hasta llegar a la desesperación.

No, hermana. Esto es preferible a la sospecha, a la incertidumbre, a la idea diabólica que se nos mete en el alma, robándonos la paz, matándonos el sueño. ¡Ah, el maldito fantasma que nos dice en todos los momentos: tu mujer te engaña, eres un deshonrado; los ojos donde tu crees contemplar todas las purezas y todos los candores, han sido ensombrecidos por los besos del amante.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Por Dios, cálmese, está muy excitado! Piense en los sufrimientos de Nuestro Señor, piense como lo escarnecieron.

RAMIRO

¡Pero no lo deshonraron! No pasó por el dolor de amar con todos sus amores a una mujer y ser engañado, ultrajado por ella.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Vea que sin darse cuenta está pecando. Pobre de mí que no tengo palabras para consolarle, mas este libro que voy a leerle tiene alivio para todos los sufrimientos del alma. Es la «Imitación de Cristo».

RAMIRO

Lea, hermana, las palabras del místico dichas por usted serán un baño bienhechor para mi espíritu.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Oiga con fe, con mucha fe.

Lee con voz empapada de evangélica unción.

«Habla, Señor, que tu siervo escucha.»

«Conviene dejar un amado por otro amado. El amor de la criatura es engañoso y mudable, el amor de Jesús es fiel y duradero. El que se llega a la criatura caerá en lo caedizo, el que abraza a Jesús afirmará en El para siempre. Cuando Jesús no habla dentro, vil es la consolación, mas si habla

una sola palabra, gran consolación se siente.»

RAMIRO

Interrumpiéndola.

¿No dice nada el *Kempis* para consuelo de los maridos deshonrados, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Olvide, olvide, y perdone que Dios le compensará.

RAMIRO

Hay dolores que no tienen sino un alivio: la venganza.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No, hermano, por sobre la venganza, por sobre el castigo, está el perdón. Las almas fuertes perdonan siempre, y al perdonar se dignifican y engrandecen en el dolor, se acercan a Dios.

RAMIRO

¡Jamás!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Poco importa que se borren nuestras ilusiones más queridas, que aquello que creímos una verdad firme, eterna, se desvanezca, si más allá de la muerte está la verdad única, la verdad suprema.

RAMIRO

Ellos me creían ignorante de todo; el enfermo, pensarían, no tiene derecho a nada; ya que le damos la vida bien podemos robarle su amor. ¡Ah, miserables, cobardes! ¿Por qué no me dejaron morir antes de ver esta infamia? Y pensar que la quería con toda mi alma, que solo por ella, por su amor, anhelaba recobrar la juventud. ¡Si aún tuviera fuerzas, como les hubiera estrangulado, ahogando el beso maldito!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No piense más en ello, su estado requiere tranquilidad, reposo y esa agitación pudiera ser peligrosa. Cuide por su vida.

RAMIRO

La vida que ellos me han dado, ¡no la quiero!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Quién sabe si solo están unidos por un afecto puro, fraternal, sin mancha alguna?

RAMIRO

No, es un amor maculado por todos los apetitos, por todas las traiciones. Ellos son la vida, la juventud, nervios y sangre... y se buscaban, se buscaban hace tiempo; sin darse cuenta tal vez, con ansia de intimidad, de posesión, sin poder acallar los gritos del deseo miserable y tirano. No fué culpa de ellos, sino de la primavera. De esta primavera que germina triunfante y avasalladora en los árboles, en las almas y en la carne. Amor espiritual, divinamente espiritual, solo es el nuestro, hermana, el de los enfermos y el de los que como usted todo lo esperan de Dios.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Amor callado, sordo, escondido en lo

más íntimo de nuestro ser; amor del espíritu, sin deseos, sin pasiones, sacrificándose siempre, lleno de resignación, de tristeza y de ternura, porque quisiéramos consolar al que sufre y las palabras mueren antes de llegar a nuestros labios, tímidas, vergonzosas; triste, doliente, porque queremos arrancar la espina que la traición clavó en el costado y nuestras manos no saben o no pueden. ¡Triste siempre, porque queremos ser buenas y no sabemos si este amor de nuestro espíritu ofende a Cristo, nuestro Esposo y Señor!

RAMIRO

¡Quien sabe si los dos equivocamos nuestro camino, hermana Consolación! No me olvide nunca, rece siempre por mí.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Hace tiempo que no le aparto en mis oraciones. ¡Es tan bueno rezar! Cuando tenemos una pena, una congoja, rezando se nos queda el alma ligera, como si le quitáramos el peso de los malos pensamientos, de las malas intenciones.

RAMIRO

¡Hermana Consolación, hermana Consolación! ¡Cómo halaga y consuela su nombre y como fortalece mi ánimo el saber que entre los escombros de mi vida hay algo honrado y santo. Si no fuera usted, si no fuera su piedad infinita, sería ésta para mí hora de odio, de incredulidad, de desprecio. ¡Sólo usted, en este derrumbamiento de mis afectos, de mis más bellos ideales, me reconcilia con Dios!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El Señor no lo abandonará. ¡Es usted tan bueno!

RAMIRO

Para usted sí; para los demás soy un deshonrado. ¿Un deshonrado? ¡No! Les devuelvo lo que me han dado y en paz.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Cálmese, cálmese.

RAMIRO

Y a mí, hermana, ¿quién me devuelve lo que me han robado?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El Altísimo. Nuestro Padre repara toda injusticia.

RAMIRO

¡Dios, Dios!, pues a buscarle iré.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El está en todas partes.

RAMIRO

Solo en la muerte oimos su voz y le vemos la cara.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Termine con esas inquietudes; busque refugio para sus sufrimientos, no en la vida exterior, sino en el espíritu, en el tabernáculo de que nos habla el *Kempis*.

RAMIRO

En la nueva vida.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tranquilícese, tranquilícese.

RAMIRO

Estoy tranquilo, más tranquilo y más sereno que nunca. Ahora ya puedo morir sin que la duda me estruje el corazón. No podrá comprender usted nunca mis sufrimientos de estos últimos días; las mil vacilaciones en que mi alma, sedienta de la verdad, se abismaba. Yo no tenía una prueba clara, terminante y sin embargo, presentía el engaño, la traición que Berta ocultaba bajo sus caricias, como si quisiera redimirse prodigándome las más apasionadas ternezas de su juventud; pero sus cariños dejaban en todo mi ser, en esta carne enferma, un dolor punzante, encendido. Los enfermos escudriñamos las ideas que aun no han tomado cuerpo. Yo les he adivinado esta pasión y he visto en sus conciencias las inquietudes de su amor. ¡Yo puedo aún separarlos!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Siempre esos pensamientos.

RAMIRO

Desde hoy quedará abierto entre ellos un abismo. No se besarán más; yo lo impediré.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tal vez le convenga descansar. Vamos adentro.

RAMIRO

No. Les espero aquí.

Un acceso de tos le deja rendido, casi extenuado.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La tos, la tos otra vez... ¡Yo no sé que hacer, Dios mío!

RAMIRO

Estoy mejor que nunca. No se asuste, hermana, Diego me curará. Ya lo habéis

oído, él me dará la vida. ¡La vida! Si me da la vida ¿de qué me quejo? ¡El honor! Palabra hueca, vacía. Si no tengo fuerzas para matar, ¿cómo puedo defender el honor?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pensando en la venganza. Sobrepóngase a ese mal impulso.

RAMIRO

¡Vengarme! ¿De quién? ¿De los que me han dado la vida, de los que solo han pensado en salvarme? Deuda de gratitud era la mía y ellos la han saldado a cuenta de mi amor. Los restos de mi honor, hermana Consolación, sirven para pagar las cuentas del último Buitrago.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Ya llegan! Por Dios, serénese, serénese y... perdone, perdone siempre, piense en Cristo Nuestro Señor que murió amando y perdonando a sus enemigos. El verdadero honor es saber perdonar.

RAMIRO

Gracias, hermana. ¡Qué buena es usted! Dios le premie todo el bien que me hace. Y por mí no se detenga más, vaya á hacer sus oraciones de la tarde, pídale al Señor que no me deje caer en esta charca de odios que está a mis pies. Y ahora, hermana, deme el Crucifijo para posar mis labios pecadores en la herida de su pecho.

Besa con honda emoción religiosa el Crucifijo que le presenta la hermana.

¡Padre mío, que estás en los cielos, perdóname, perdóname!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Piedad para todos, Señor!

ESCENA X

Ramiro y Berta.

RAMIRO

Con cuanta impaciencia te esperaba, temía que no volvieras.

BERTA

Ya me tienes aquí. Todas estas flores las he cogido para tí, para mi enfermo. Es tu primavera.

RAMIRO

Abraza el manojo de flores con voluptuosidad y nostálgico sentimiento.

Mi primavera. ¡Primavera muerta!

BERTA

Mira que rosa tan bonita, es del rosal que está en el cenador. Voy a ponerlas en este jarro. Los claveles en este vaso. ¡Cómo alegran las flores!

RAMIRO

Ven, Berta.

BERTA

Espera, voy enseguida... Aquí me tienes.

RAMIRO

Acércate, junto a mí.

BERTA

A tu lado, a tu lado siempre.

RAMIRO

¡Siempre! Abre los ojos y mírame. ¡Cómo mienten!

BERTA

¡Ramiro!

RAMIRO

No, amor mío, si tus ojos tan serenos, tan quietos son todo candor, inocencia.

Le coje la cabeza y, con ansia, con avidez de llegar hasta la conciencia, le mira fija y escrutadoramente a los ojos.

Mírame así. Ni una sombra, ni una mancha; luz y pudor. ¡Cómo acarician tus ojos! No los entornes, no los pongas en el suelo. ¡Qué bellos y qué serenos! Dijérase que son las ventanas de un alma blanca, inmaculada... y, sin embargo en el fondo, allá entre el limo de sus aguas, se ve el engaño, la perfidia y más allá la deshonra!

BERTA

¡Por Dios, Ramiro, vuelve en tí!

RAMIRO

Con un gesto de doliente ironía.

¡Qué inocente, qué cándida es mi mujer! ¡Ni la sombra de un mal pensamiento oscurece su mirada!

Le echa las manos al cuello que, débiles, sin fuerzas, intentan, en vano, ahogarla.

BERTA

Me haces daño.

RAMIRO

Dejando caer desalentado las manos.

¡Ni para eso sirven!

ESCENA XI

Dichos y Diego.

DIEGO

Eres un insensato, Ramiro, ¿qué haces? Esa ridícula agitación es peligrosísima para la herida.

RAMIRO

¡Ah, eres tu, mi amigo, mi salvador! Acércate, acércate también. Aún te preocupas de mi vida, de esta piltrafa de vida que me has dado. ¡Qué generoso y que noble eres!

DIEGO

¿Qué has hecho?

RAMIRO

Apoderarme de la verdad.

DIEGO

¿De qué verdad? ¿Estás loco? La fiebre te hace delirar.

RAMIRO

Os han visto mis ojos, estos ojos que pronto pudrirá la tierra; y lo negáis. ¡Infames!

BERTA

¡Ramiro, Ramiro! No me rechaces, soy una mala mujer, pero te quiero con todas mis fuerzas.

RAMIRO

¡Miserable!

BERTA

¡Mátame, mátame!

RAMIRO

¡No ves que no puedo, mujer! Si estas manos tuvieran fuerzas... pero si no tienen fuerzas para matarte, para matarle, tienen para devolveros lo que me habéis dado, lo que no quiero por venir de vosotros: esta vida que habéis deshonrado. ¡Cobardes! ¿Por qué no me dejásteis morir? ¿Qué mal os hice para condenarme a presenciar mi

propia deshonra? Y pensar que yo, mujer, te adoraba como a un Dios, que eras mi único amor, la única alegría de mi alma. Y me has burlado, me has robado lo que hubiera defendido con toda mi sangre. ¡Cómo te desprecio! Me das asco. Cuántas veces me habrás tendido tus brazos cansados de estrechar al canalla, al ladrón que no tiene valor ni para defenderte.

DIEGO

Termina de una vez. Si la rechazas en mí encontrará quien la ampare y quien la defienda.

RAMIRO

¿Y quién la ame?

DIEGO

¡Basta!

RAMIRO

¡No, no! No os volveréis a unir, no os volveréis a besar. Yo lo impediré. Entre vosotros abriré un abismo. Es mi venganza. ¡Mi castigo!

BERTA

¿Qué dices, Ramiro, esposo mío?

RAMIRO

Aléjate, aparta; vete ¡con él si puedes!; pero antes espera, os quiero devolver lo que me habéis dado. Sería una indignidad conservar nada de vosotros! ¡Tomad, tomad!

Se desabrocha y se arranca frenético, crispado por el dolor, las vendas de la herida.

Me habéis dado la vida, os la devuelvo. ¡Duele! ¡Mejor! Es necesario romper la carne... ¡ya está! Para eso sirven todavía estas manos.

BERTA

Sálvale, Diego, sálvale.

DIEGO

Acercándose para socorrerle

La hemorragia, imposible.

RAMIRO

No os acerquéis. Es lo que me habéis dado. La vida. Os la devuelvo... ¡No la quiero!

BERTA

En un grito desgarrado y dolorido.

¡Hermana! ¡Se muere, lo he matado yo, yo, la infame, la deshonrada!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y la hermana Consolación

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Dios mío!

RAMIRO

Ya no les debo nada, hermana.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Qué ha hecho usted?

RAMIRO

Devolverles lo que me dieron... ellos no pueden devolverme lo que me robaron.

BERTA

Ven Diego, sálvale, sálvale, aún está vivo.

DIEGO

¡Imposible, no hay remedio!

BERTA

Aparta entonces. ¡Vete! ¡Vete!

Desesperanzada ya, tiene un arranque de suprema energía y rechaza a Diego, que se aleja silencioso, apesadumbrado.

RAMIRO

Hermana haga que Antonia plante un naranjo en el huerto. ¡El último naranjo de los Buitrago! Mi muerte los separa. ¡El abismo... el abismo!

Muere.

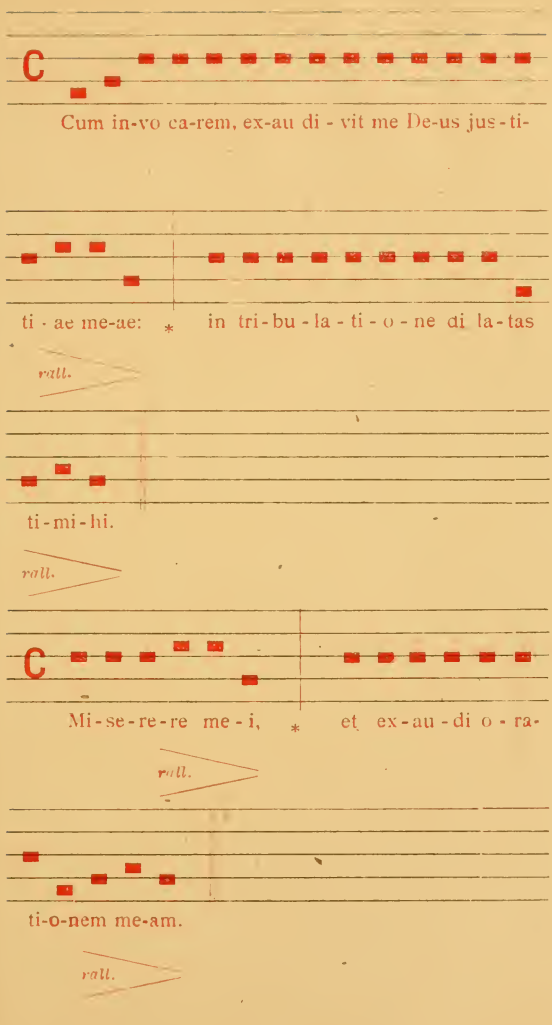
Berta, transida de dolor, cae de rodillas junto al cadáver de su marido. Las más ardientes y sentidas lágrimas la redimen de su pecado en esta hora de desolación y arrepentimiento.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

«Parte alma cristiana de este mundo ya que esta es la voluntad de Dios y goza de la eterna bienaventuranza ¡oh, alma!».

TELÓN

SALMOS


Cum in-vo ca-rem, ex-au di - vit me De-us jus - ti-
ti - ae me-ae: * in tri - bu - la - ti - o - ne di la - tas
rall.
ti - mi - hi.
rall.
Mi - se - re - re me - i, * et ex - au - di o - ra-
rall.
ti-o-nem me-am.
rall.

LA LAGUNA DE TENERIFE
IMP. DE SUC. DE M. CUR-
BELO.--SAN AGUSTÍN, 47